

---

---

# DOS VIDAS PARALELAS

Abelardo Forero Benavides

---

---

**B**olívar y Santander poseían temperamentos diferentes. Y sus admiradores y críticos no los reconocen. Como no son iguales, ni tienen el mismo perfil, es necesario enfrentarlos como émulos. Pero la historia, como la naturaleza, es diversa y en esa diversidad precisamente se halla su interés. No podemos juzgar los arquetipos que arbitrariamente produce con la misma medida. Las cualidades y defectos del uno y del otro en la historia fueron complementarios.

Bolívar es romántico, visionario, muchas veces se halla fuera de la realidad. Alimenta sus sueños y esos sueños los considera formando parte del barro de la tierra. Su mirada, muchas veces, está puesta en lontananza.

Santander vivía en el mundo de lo concreto, era pragmático. Tenía el sentido de la administración y el orden. Basta ojear su diario de guerra. Un cuaderno minuciosamente escrito, en una letra clara, ordenado cronológicamente. El tiempo y el espacio se hallan presentados con una simetría reguladora. En su amplísima correspondencia se refiere casi siempre a los hechos. No hay en ella efusiones ni fantasías. Posee un gran ideal, sí, pero tan solo le interesa lo que conduzca a la realización de ese ideal. En sus cartas no tiene lugar la abstracción; no es un poeta, sino un realizador.

Podría hacerse una curiosa estadística al analizar los dos epistolarios. En el de Bolívar se reitera, como un heroico leitmotiv, la palabra gloria. Está pendiente y vigilante de la gloria. "Corro en pos de la gloria, mi camino es el camino de la gloria. Quieren marchitar mi gloria". Lo que lo incita es la gloria. Lo que invade su alma de amargura es que alguien

piense que a él, en su tránsito por los Andes, desnuda la espada, de los incas vengadora, lo mueve algo distinto a ese fantasma inaccesible, la gloria.

Y en las cartas de Santander, no aparece esa palabra nimbada por un halo homérico. Otra es su preferida, la ley. Su ejercicio es también su mayor aspiración.

Bolívar era apasionado, generoso, desbordado en sus sentimientos como los personajes del romanticismo. Por esa razón Byron lo reconoció. Pertenecía a la familia intelectual de Rousseau y Chateaubriand. Y, como todo romántico, pasaba de la exaltación al pesimismo.

A Santander lo juzgó sin reticencias. Ningún sentimiento mezquino circula en sus cartas, antes del 27.

Pasaba del fulgor a la sombra. Su espíritu se poblaba de negras nubes.

El pesimista romántico, en este caso, es un fundador de pueblos. Los laureles de Ayacucho comienzan a gotear sangre. Tiene un impetuoso aliento poético para expresar su pesadumbre. Su espíritu navega en la sombra. Por la elación y el ímpetu de ese espíritu, sobrepasa la medida normal de los hombres. Pero no hay que medir a los otros en relación con estas dimensiones. Los que hicieron posible su obra, con el barro de los hombres, la organización de los ejércitos, el acopio de los recursos, el orden de las leyes, también merecen respeto. Y destacado, dentro de ellos, con una impasible frialdad, se halla Santander. Y la independencia se logró, con el catecismo de Nariño sobre los derechos del hombre, la imaginación creadora de Bolívar que apasionó a los pueblos, las lanzas de los llaneros que atravesaron el páramo y la ordenación institucional de Santander. Creía con razón que en Cúcuta se había fundado una República. Aspiraba a mantenerla de acuerdo con las normas que ella misma se había fijado, bajo la cúpula de la Iglesia del Rosario de Cúcuta. Para Santander, la única manera de salir del caos era la obediencia a la ley. Ese era su mito.

Bolívar y Santander poseían una noción diferente de la nación y del gobierno. El primero recibió la influencia directa de la revolución francesa, que acaba de consumarse cuando realizó su primer viaje a Europa. Le fueron familiares los textos de Juan Jacobo Rousseau.

Santander recibió sus primeras enseñanzas de unas maestras religiosas y pacatas y a los quince años llegó a San Bartolomé,

donde se realizan diarios ejercicios espirituales, que ilustran con terribles imágenes el castigo del pecado. Su primitiva fe religiosa no desapareció nunca.

Adquirió la noción de la disciplina y el orden. A las cinco de la mañana escuchó durante años las campanas que convocaban a misa. Se bañaba en agua helada y por obligación tenía que asistir a misa.

Bolívar era infatigable conversador. Visitantes ingleses que lo conocieron, hablan de la sorpresa que les produjo el verlo semidesnudo en la hamaca, saludando a los amigos con abrazos efusivos y hablando sin descanso.

Santander era circunspecto, hablaba con gravedad. Cuando llegó al poder, quiso dar la impresión y la imagen de la autoridad con su trato y su lenguaje. Llegó al convencimiento de que solamente la ordenación legal podría consolidar el equilibrio de la sociedad y que los hombres deberían encontrar protección en la ley y devolverle en respetuosa obediencia el privilegio que recibían.

*En medio de los avatares de la guerra, el grupo de hombres afines a Santander se encargó de la difícil tarea de crear las bases constitucionales de la futura República: un ordenamiento legal que regulara la vida de los ciudadanos y garantizase la inviolabilidad de sus derechos, con un ejército estable y una administración pública que estuviese por encima de los cambios políticos. En definitiva, creó un estado moderno con sus instituciones y sus símbolos, dando sentido así a los sacrificios por conseguir la independencia de Colombia.*



Después de haber creído en los catecismos de la Revolución Francesa, Bolívar se dio cuenta de que la libertad otorgada a estos pueblos generó la anarquía. Para combatirla se necesita un ejecutivo fuerte y una autoridad concentrada.

Después de la batalla de Boyacá, Santander entró a meditar en la arquitectura de la Constitución y fue a Cúcuta con ese pensamiento.

No sabemos si leyó el pensamiento de Pascal: "La justicia sin la fuerza es irrisoria. La fuerza sin la justicia es tiránica. Haced, señor, que todo lo fuerte sea justo y todo lo justo sea fuerte".

Bolívar llegó a la convicción, después de su epopeya, de que la justicia es irrisoria. Santander consideró que la fuerza muda es tiránica.

El uno continuó la guerra. Para él la batalla de Boyacá es simplemente un episodio. Adelante. Lo espera la llanura de Carabobo, la resistencia de Pasto. El monarquismo de los peruanos. Ayacucho...

El otro dejó de guerrear y se sentó en el escritorio del estadista, alternado de vez en cuando con el canapé de la ocañera.

Esos siete años fueron decisivos. Los compañeros de Bolívar permanecieron asoleados y fragorosos durante lustros, sin descanso, hasta aproximarse a los páramos de Bolivia.

Los amigos de Santander colgaron las armas y tomaron la pluma para redactar el articulado de los códigos y escribir el texto de las sentencias. Son los nuevos oidores republicanos.

Bolívar pasó a ser una figura continental conocida en Europa, alabado por los poetas románticos.

Santander es un granadino interesado en la custodia de las leyes, el recaudo honesto de los impuestos, la creación de una generación de administradores. Tenían él y sus amigos la sospecha de que los generales de Venezuela, detrás de la figura majestuosa de Bolívar, aspiraban a crearse feudos particulares, Páez en Venezuela, Flores en el Ecuador, Urdaneta en la Nueva Granada. Alimentaba esas aspiraciones a la orilla de la laguna de Fúquene.

(Tomado del libro "Francisco de Paula Santander el Hombre de las Leyes).

